

amor, no se separó del lado del enfermo ni un solo minuto.

El juéves le hizo una visita D. Diego, y Rafaelita, aterrada por la frialdad de bronce de aquel hombre, no tuvo valor para decirle una palabra.

El sábado volvió el señor de Mirafuentes y trajo á su hermana.

Manuel estuvo peor aquel día, y D. Diego exigió que Dolores se quedara á ayudar y acompañar á Rafaelita. El solteron conocia la fascinacion que producía en la jóven, y se aprovechaba de aquel poder. Era el terror que inspira un animal venenoso.

En la noche, cuando Manuel despues de algunas convulsiones quedó sumergido en el sueño letárgico que sucede á los ataques de esa naturaleza, Rafaelita, haciendo un esfuerzo, se separó del lado de su marido y fué á velar con Dolores en la sala, para evitar que esa mujer estuviera cerca del ciego.

Lorenzo quedó con Manuel.

Las dos mujeres estuvieron mucho tiempo en silencio, porque se sentían inquietas despues de la escena pasada.

Poco despues de las doce, Dolores, que á pesar de su robustez sucumbía muy fácilmente al cansancio, se durmió.

Rafaelita se levantó entónces y no pudo ménos de quedarse delante de su rival con los brazos cruzados mirándola fijamente, recordando en su mente todo lo que habia pasado desde que la encontró en su camino, y meditando en la funesta y misteriosa influencia de algunas criaturas.

¡Cuánto habia variado su suerte, su vida, su porvenir entero, desde que Dolores proyectó su sombra sobre su camino!

¿Por qué habia venido esa mujer á desvanecer su dicha? ¿Qué funesto placer hallaba en turbar la armonía de dos almas?

¿Con qué objeto habia Dios permitido que el mal triunfase así sobre dos corazones que se elevaban hácia el cielo?

Rafaelita no hallaba solución á estas preguntas; y sin embargo, se sentía muy superior para aborrecer á la viuda.—Hay almas tan puras que no conocen el odio; se retiran del sér que las lastima, pero al mismo tiempo le piden su perdon y su enmienda á Dios, que no arroja nunca inútilmente las gotas de hiel y de absinto!

Quién sabe cuánto tiempo pasó de esta manera Rafaelita. Cuando se volvió, halló á su lado á D. Diego, que á su turno la contemplaba también; pero la mirada de la jóven sobre Dolores era la del ángel sobre el pecador; la de D. Diego era la mirada fría, penetrante, embriagadora de la serpiente.

El señor de Mirafuentes se apresuró á saludar á la esposa de Manuel y la dijo que venía á ponerse á sus órdenes, para servirle en aquellos momentos.

Dicho esto, tomó un asiento distante, pero con el ademán de un hombre resuelto.

El uso y la sociedad autorizan y exigen esta clase de servicios prestados entre las personas ligadas por los lazos de la amistad; sin embargo, cuán raras veces son verdaderamente útiles y apreciables.

Rafaelita quiso retirarse, pero la idea de que esta falta de atención social podría dar á entender á D. Diego que lo temía, la hizo permanecer. Luego pensó en despertar á Dolores con cualquier pretexto; pero solo se convenció de que el sueño de la viuda era pesado, como el de todas las personas sanguíneas.

Entonces levantó los ojos y vió sonreírse al viejo.

Pasó una hora, eterna como las de una velada, y Rafaelita comenzó á tranquilizarse.

Pasó otra hora, y sonaron las tres de la mañana en los diversos relojes públicos de México. Se oía roncar levemente á Manuel, y todo lo demás estaba en silencio.....

D. Diego se levantó, como para desentumecer sus miembros, y comenzó á pasearse; pero cada vez sus paseos eran ménos largos.

El viejo sabía los malos efectos de una sorpresa, y quería acercarse insensiblemente, como el gavilán que encierra á su presa en los círculos espirales de su vuelo.

Rafaelita tenía frío: aquel hombre le parecía uno de esos personajes que solo cria la fiebre.

Al fin D. Diego se detuvo con la mayor naturalidad junto al sofá en que estaba la jóven, y con un acento lleno de interés la dijo:

—¿Por qué no va vd. á descansar? despues de siete noches en vela, ha de estar vd. fatigada. Nosotros velaremos, despertaré á Dolores.

Esta última parte de la proposición hizo exclamar prontamente á Rafaelita:

—¡Oh, no! no hay necesidad de molestarla.

El corazón humano es incomprendible: la jóven, que un

momento ántes hubiera dado algo por despertar á la viuda, se opuso tenazmente entonces á que D. Diego lo hiciera porque se complacía en contemplar su debilidad, y no quería deberla el mas leve auxilio.

Al cabo de un momento volvió á decir D. Diego:

—Por mas que he hecho, no he logrado comprender la causa de la enfermedad de Manuel: ¿fué alguna impresión violenta?

Rafaelita no contestó, y al verla ponerse mas pálida que de costumbre, el viejo se sonrió comprendiendo que su golpe la había herido en el corazón directamente.

—Pero Manuel es muy feliz; no conoce cuidados, ama á vd. con el cariño mas completo y exclusivo, de manera que no atino.....

La jóven lanzó uno de esos suspiros que se escapan involuntariamente del pecho; pero nada contestó tampoco.

D. Diego, picado con aquel obstinado silencio que le impedía ganar terreno y le obligaba á desempeñar la difícil posición de asaltante, volvió á continuar sus paseos. Era muy cauto para aventurar una escena violenta, que solo tiene probabilidades en su favor cuando la anima el fuego de la pasión, y era muy frío, demasiado egoísta para lograr fingirla; pero hé aquí que por otra parte estaba harto encaprichado para abandonar la empresa. ¿Cómo lograr, pues, un buen resultado?

En esto las horas corrían, y la oportunidad iba á desaparecer acaso para siempre. En vano buscaba un medio que pudiera hacerle triunfar. La vista de Rafaelita avivaba sus deseos; la dificultad, el silencio y la soledad los exaltaban hasta el frenesí.—Si los hombres se llegaran á con-

vencer al fin de los tormentos que se experimentan al llevar á cabo una mala accion, tal vez abandonarian ese camino extraviado que los conduce tan léjos del objeto de su destino.

Volvió á acercarse D. Diego á Rafaelita, y clavó en ella sus dos ojos rodondos, pequeños, vidriosos, relucientes, con un brillo sanguíneo.

Cuando calculó que el frio de su mirada habia llegado hasta el corazon de su víctima, paralizando sus movimientos, dijo lentamente:

—¡Desgraciada de vd., Rafaelita! ¡cuánto la compadezco, porque tan santa, tan bella, no es vd. digna de esa suerte!

La jóven se agitó como para sacudir el peso de la mirada que caía á plomo sobre ella, y levantó su rostro resplandeciente de orgullo.

El viejo continuó:

—¡Es una infamia, ¡oh! una infamia, engañar así á una criatura! pagar de esa manera su amor, sus sacrificios....

D. Diego creyó despertar esa pasion de los celos, que ciega y embriaga el alma de las mujeres, el gran resorte de los seductores; pero con harta sorpresa vió levantarse á Rafaelita y rechazarlo con un ademan imperioso que no admitia réplica.

Entónces el amante comprendió la imposibilidad de satisfacer sus deseos, y le acometió un vértigo; le sucedió lo que á los mas diestros jugadores, que despues de una noche de pérdidas, de desgracia, tienen un instante de perder la cabeza, y en que el amor propio, la rabia, el

deseo, todas las malas pasiones reunidas les hacen aventurar, sin probabilidades ya, su fortuna entera.

Así hizo D. Diego: vió á Rafaelita que iba á partir, conoció que aquel era el último momento oportuno que tendria en toda la vida, y el despecho, el acaloramiento de la lujuria le hicieron dar un paso que nunca habia pensado.

Se apoderó de las manos de la muchacha, y cayó de rodillas delante de ella.

—¡Pero no ve vd. que la amo mas que á nadie?..... ¡Oh! no huya vd. de mí..... la decia en voz baja y cortada.

Y sujetaba con fuerza por las manos á Rafaelita, que queria retirarse.

—¡Yo la amo.....! ¡Yo la amo.....!!

Y ébrio, sin razon, ni sangre fria ya, cubria de besos los brazos de la jóven, con sus labios inchados y amaratados.

Luego se levantó, y tembloroso, frenético, horrible como un monstruo, sujetó por la cintura á Rafaelita, que se sentia próxima á desmayarse, y que se agitaba en silencio, ahogando en su garganta sus gritos de afliccion, por no despertar á Manuel, á quien una conmocion de estas, mataria como un rayo.....

Dolores dormia profundamente. Reinaba un silencio horrible; no se oía mas que la respiracion desigual y fatigada de D. Diego.

Hay ocasiones en que al contemplar uno de estos crímenes ejecutados en medio de la noche sin un brazo, ni

una mirada que socorran al que sucumbe, no podemos ménos de exclamar: ¿pero duerme también Dios?

El viejo levantó en seguida á la jóven, que ya no se defendía, porque sus nervios estaban laxos; y en el delirio de su triunfo, estampó sus labios sobre la boca pálida é inanimada de la víctima.....

En aquel tiempo resonó un grito que nada tenía de humano; y el viejo, erizados los cabellos, cayó de rodillas bajo la presión de una mano de hierro, abriendo los brazos y soltando á Rafaelita, que se escurrió sin sentido, como un cadáver, hasta el suelo donde rebotó su cabeza.

D. Diego levantó la vista, y vió encima de él á Lorenzo, altivo, grandioso, irritado, queriendo anonadarlo con el fuego de sus miradas.

Dolores despertó sobresaltada.

---

El viejo, pálido de rabia, se levantó lentamente.

Pasado el primer momento de la sorpresa, meditaba en su cabeza la venganza. Había encontrado un obstáculo invencible en el momento de su triunfo: necesitaba destruirlo; había sido humillado ante aquella mujer: necesitaba hacerse pagar tamaña injuria; había encontrado con una fuerza superior, y estaba descubierto su secreto: era indispensable que muriese Lorenzo.

Tomó al jóven por la mano, y llevándolo al balcón le dijo en voz baja y concentrada:

—También vd. la ama..... es necesario, pues, que uno de los dos deje el lugar al otro.

—¡Miserable! ¿y se atreve vd. á decir.....?

—Mañana á las cinco de la tarde en el Pedregal de Coyoacan..... Sin testigos, porque no quiero que esto sea una farsa.....

—¡Está bien!

¡Lorenzo condujo al viejo hasta la puerta de la escalera, arregló las condiciones del combate, y lo echó!

Cuando volvió adentro, Dolores trataba de hacer recobrar el sentido á Rafaelita, frotándola las sienes. La contempló un instante, y corrió á ver á Manuel, que se agitaba entre las convulsiones de la epilepsia.

---

En el momento en que el beso de D. Diego hizo vibrar el alma de Rafaelita, como un cristal que se hace pedazos, Lorenzo, que hacia una hora experimentaba cierto malestar, cierta obsesión indefinible sintió un dolor tan agudo en el corazón, que se levantó como movido por un resorte..... sin aquella misteriosa simpatía, Rafaelita hubiera sucumbido.

¿No os ha acontecido muchas veces sufrir así cuando alguno de los seres con quienes está ligada nuestra existencia padece, aunque entre ambos medie una distancia inmensa? ¿No es este fenómeno el que ha dado origen á esa frase vulgar, pero enérgica y exacta: el corazón avisa...?

Manuel, en ese estado de somnolencia que no es ni sueño ni vigilia, sintió también una opresión de pecho, y como un presentimiento, como una creación de la fiebre y el delirio, se presentó en su mente la idea del amor de D. Diego á Rafaelita.

La frente del ciego estaba empapada en un sudor helado.

do y viscoso; su respiracion se agitaba, y su lengua inerte se negaba á dar salida á los gritos que hervian en su pecho.

Era una verdadera pesadilla.

Pues todavía en aquel mismo instante, Manuel bregaba entre los dos abismos de su corazon.

¡Rafaelita y Dolores! ¡Siempre lo mismo, siempre la misma tension que desgarraba sus nervios! Hubo instante en que el músico se sintió cobarde y pensó en no reclamar á D. Diego su crimen, para no perder á Dolores, idea que lo aterraba. ¿Pero dejaria ofender á Rafaelita? La alternativa era verdaderamente cruel.

La angustia, la opresion, la duda le produjeron entónces el nuevo ataque de epilepsía.

¡Ay! los lazos que ligaban aquellas tres almas no se habian roto, y el dolor las hacia reunirse por un momento como en otro tiempo la contemplacion. ¿Por qué era para gemir, y no para amarse, para lo que se encontraban.....?

Cuando esto pasó, cada uno de los tres personajes guardó silencio, y todos creyeron ser los únicos que sabian el secreto.

Cerca de las siete de la mañana, el ciego, cuya alma habia quedado enternecida con la pesadilla, llamó á Rafaelita y la estrechó las manos con toda la pasion que en los dias mas felices de su amor. La jóven, que esperaba poco aquel instante, sintió tal torrente de ternura, que cayó llorando junto á la cama de su marido.

Era el momento de la reconciliacion de aquellas dos criaturas, que tanto padecian léjos la una de la otra; pero en

ese mismo instante entró Dolores á despedirse; y las manos de Manuel y Rafaelita se desanudaron, y cayeron inertes y frias.....

• ¡Fatalidad!

Los sucesos se habian seguido con una rapidez tan extraordinaria, que no daban lugar á reflexionar. La crisis, tan largamente preparada por medio de pasiones, sentimientos y circunstancias difíciles de describirse, habia estallado al fin. ¡El choque entre pasiones encontradas y antagonistas se prolongaba.....!

«No hay lucha que no purifique, ni desórden alguno que el Amor eterno no torne contra el principio del mal.» \*

De otra manera la existencia del mal y del dolor, los antagonistas del bien y la felicidad, no seria lógica, no seria cristiana.

«El sello del dolor, impreso en nuestro destino, anuncia con caracteres manifestos nuestra vocacion á la perfeccion.» \*\*

No seria posible destruir las pasiones, pero sí es fácil dirigir las. Dios ha querido que el dolor sea consecuencia del extravío, á fin de que el egoismo, ese principio de la personalidad, sea el primer elemento de la reforma.

\* Joseph de Maistre. *Considérations sur la France.*

\*\* De Gerando. *Du perfectionnement moral.*